

La Mujer que a la Ley no se asoma...

Diana Sperling

Ella cocina. Concentrada, rodeada de ollas, fuentes y utensilios, solo la distrae fugazmente la voz de alguno de sus numerosos hijos que le pide una galleta o una bebida. Viste una bata gris que la cubre desde el cuello hasta los pies; en la cabeza, una gorra oscura le tapa el pelo. Cada tanto, acalorada por los fuegos de la cocina, toma agua, no sin musitar una breve bendición previa. Llega el marido y ella, diligente, se apura a servirle un plato de comida humeante.

Son muchas, entre ellas se abrazan, saltan y gritan, en un crescendo de entusiasmo y mutua estimulación. Jovencísimas, algunas llevan aros en la nariz o en el ombligo -bien visible-, visten brevísimos corpiños y jeans rotos y las más osadas, solo jeans. Senos desnudos, pañuelos verdes atados al cuello o a la muñeca, carteles con lemas varios: noesno, vivas nos queremos, ni una menos, aborto legal, pero también basta de patriarcado y abajo el varón.

Las dos escenas coexisten en tiempo y espacio. Pueden desarrollarse a pocas cuadras de distancia una de otra y, aun así, se ignoran mutuamente. Como si fueran burbujas o islas en dimensiones diversas, o como si las protagonistas pertenecieran a especies distintas.

Mujeres. ¿Mujeres? ¿Se las puede designar con el mismo nombre? ¿Qué las define, qué tienen en común?

El primer cuadro se ubica en un hogar "religioso", para llamarlo con un término convencional. Puede verificarse en una casa de un barrio judío ortodoxo de cualquier parte del mundo, o puede extraerse de la serie de Netflix, *Shtisel*. En ese universo, supuestamente, las mujeres apenas tienen voz... ¡y ni remotamente, voto! La

segunda escena corresponde, claro, a la posmodernidad urbana, laica, secular, *progre*; un universo social y cultural donde las mujeres defienden a rajatabla sus derechos y su estatus igualitario. Según el paradigma al uso, las del primer caso serían sometidas, mientras las segundas ostentan una libertad a toda prueba. En épocas del #MeToo y de legítimas reivindicaciones femeninas, es hora, ciertamente, de desterrar arcaicos y anquilosados prejuicios, esas categorías naturalizadas por siglos de cultura patriarcal que condenaban a la mujer a roles secundarios o humillantes. Pero no siempre lo que se ve -o se cree ver- a primera vista permite una apreciación justa y una adecuada valoración de las cosas. Esa mirada inicial podría estar fuertemente marcada por otros prejuicios, inversos, tan nocivos como los primeros.

Uno de estos “nuevos” prejuicios es achatar, meter todo en la misma bolsa, creer que todas las civilizaciones de la antigüedad fueron igualmente machistas y discriminatorias hacia la mujer. Desde esa perspectiva, suelen leerse los textos fundantes con una mirada estrecha y suponer, por ejemplo, que la Biblia hebrea es un texto machista. A partir de lecturas sesgadas - ¿o debería decir: de no-lecturas? - se establecen antinomias que no necesariamente reflejan la complejidad de lo real y que conllevan el peligro de convertirse en modas efímeras, slogans vacíos o banderas de ocasión: religioso vs. laico, arcaico vs. moderno, patriarcado vs. matriarcado... El rechazo acrítico a las fuentes de la cultura occidental¹ nos priva de lecturas sumamente instructivas, que pueden proveernos valiosas pistas para orientarnos en los confusos y convulsos tiempos actuales.

Uno de los episodios más enigmáticos, conflictivos y comentados de la Torá² a lo largo de los siglos es el de la *Akedá*, mal conocido como “sacrificio de Isaac” ya que, precisamente, no solo no hay tal sacrificio sino que, según algunos estudiosos, se trata de una *reflection story*, una narración construida en espejo sobre el modelo de los

¹ Rechazo basado frecuentemente en la ignorancia, la falta de lectura y/o el desconocimiento más radical de textos que se consideran, erróneamente, “religiosos”, en vez de abordarlos como reservorios míticos y canteras de legalidad.

² Torá o Pentateuco (Cinco libros de Moisés), la primera parte de la Biblia hebrea o Tanaj.

innumerables relatos de tradiciones del entorno para oponer la visión monoteísta a la pagana, a las culturas donde el sacrificio del hijo a deidades varias (Moloj u otras) era moneda corriente. Para establecer la diferencia, es necesario partir del mismo motivo y subvertirlo en la escritura. Estrategia literaria que recibe el nombre de resignificación mítica.

El episodio en cuestión se desarrolla en el cap. XXII de Génesis, vv.1-19. Todos conocemos (?) la historia (o al menos, la anécdota): la voz divina llama al patriarca Abraham y le ordena llevar a su hijo a “un lugar que habré de mostrarte” para ofrendarlo allí en sacrificio. No puedo desplegar, en el marco de estas breves páginas, un análisis detallado ni matizado de la cuestión, solo mencionaré un par de elementos que creo importantes para el tema que nos convoca. En términos generales, diría que lo que aquí se pone en escena es **la fabricación de un padre**. Si toda la Torá es, según entiendo, un manual de la filiación³, esta escena es nuclear. En efecto: Dios -es decir, la Ley, que no es otra que la ley genealógica, la ley de la especie como sucesión de generaciones- “prueba” a Abraham pero no en su “fe” -palabra que no aparece en este pasaje del texto hebreo- ni en su obediencia⁴, sino en su capacidad de renunciar a la omnipotencia y a la posesión del hijo, para instituirlo como sujeto. Según Legendre, “Ningún padre concreto es el dueño de lo prohibido ni dicta leyes sobre los contenidos de lo prohibido; ejerce su oficio con el fin de mediatizar y hacer vivible la relación de su hijo con la Referencia absoluta, es decir, con el principio de la Ley y la Razón”⁵. El hijo no es objeto; a diferencia de la concepción pagana, no puede ser “carne

³ Me extiendo sobre el tema en mi libro más reciente, *La diferencia*, Miño y Dávila, Bs. As 2018.

⁴ Porque, si así fuera, este Dios que funda una cultura y una fe nuevas no tendría nada de original y no se diferenciaría en nada de las civilizaciones paganas del entorno. De lo que se trata es, precisamente, de inaugurar una concepción del sujeto y un modelo de paternidad inéditos, sujeto literalmente a la ley y no sometido al capricho de las deidades. La traducción habitual del primer versículo es, en efecto, en una de sus versiones, "Y D'os probó a Abraham". De ahí la interpretación kierkegaardiana del patriarca como "caballero de la fe", interpretación híper cristianizada que rechazo y refuto completamente.

⁵ Legendre, Pierre: *El crimen del cabo Lortie, Tratado sobre el padre*, Siglo XXI, México, 1994, pág. 145

fresca” ofrecida a la deidad, sino un ser sujetado (ligado) a la ley, cuyo transmisor es el padre. Así, Abraham **liga** (del verbo *laakod*, atar, ligar) al niño⁶, hace de correa de transmisión entre esa voz que viene de lo alto (este D’os que personifica la Referencia) y el pequeño, para ingresar a este en el mundo de la cultura y desapropiárselo de su “patria potestad”. De ahí que, al finalizar el episodio -desligado ya Isaac de las cuerdas que su padre le ató-, vuelven a su hogar, ¡pero... no juntos! El hijo es ya capaz de hacer su propio camino.

Se ha relacionado el episodio de la Akedá con el *brit milá*, la circuncisión⁷; yo tiendo a pensar que, además y en cierto sentido, se parece a un *bar-mitzvá*⁸. En esa ocasión, el padre se corre a un costado, una vez que ha puesto la Torá en manos de su hijo. Ahora, el

⁶ “La ligadura -tomo este término de la Biblia (en hebreo *Akeda*)- significa la articulación de todos los lugares genealógicos con la Referencia absoluta. La escena es fundamental. Abraham acaba de atar a su hijo Isaac... al altar del sacrificio para degollarlo según la orden divina; conmovido por la sumisión de Abraham, Yahvé le dispensa de cumplir el homicidio, y un carnero reemplaza a la víctima. Isaac se encuentra así sucesivamente ligado y desligado por su padre. Comprendamos bien qué es lo que está en juego en esta escena-paradigma de la cultura europea. El padre es instituido como aquel que liga y desliga al hijo en la relación con el homicidio, tanto por su propia cuenta como por cuenta del hijo; el padre está en la posición de ser a la vez homicida del hijo y el que lo indulta. Ahora bien; semejante función paradójica carece de sentido, en cuanto a la política de la Razón, salvo a condición de ser referida, es decir, inscrita en el montaje de la Referencia absoluta cuya esencia consiste en deshacer el collage con la omnipotencia en la especie humana. En el relato que muestra a Abraham e Isaac listos para el sacrificio, el padre no ata y desata ni por arbitrariedad ni a título de verdugo ejecutor de altos destinos: él ocupa la función genealógica del sacrificador. (se muestra) ... la condición de la paradoja constitutiva de la función parental: el ejercicio de esta función está suspendido de la capacidad del padre -de cara a su hijo- de pasar sobre su propio cadáver. (es) la construcción del padre-sacrificador en nombre de la Referencia... La lección bíblica es inagotable: Abraham se nos muestra en el límite extremo de la renuncia de sí mismo, puesto que un hijo representa aquí, para el padre, la señal de eternidad -la eternidad a la cual cada uno tiene derecho a través de su descendencia. La escena de la ligadura era la prueba de la autoasignación del padre en el orden genealógico que cierra la Referencia”. Legendre, *op. cit.*, pp 32 y ss.

⁷ Entre otros, Lacan, en la única clase de su seminario *Los nombres del Padre*.

⁸ Recordemos que en el judaísmo, el “ritual de pasaje” a la adultez consiste en un acto de lectura: por primera vez, el chico (o la muchacha, en los movimientos progresistas) accede al texto de la Ley (la Torá) en forma pública y por sus propios medios, pero autorizado por su padre. A partir de ese momento, el joven es responsable por sus actos, es decir, por su interpretación de la Ley.

chico pertenece a la ley como sujeto responsable. Esa ligadura-desligadura es la clave de la genealogía. Operación de la cultura y de la ley, y de ningún modo proceso “natural”.

Para que haya dos...

Hasta aquí, la historia habla de padres e hijos. ¿Y la madre? Silencio. Un silencio estridente, según numerosos comentadores que ven con disgusto la no participación de Sarah en tan dramático episodio. De nuevo: si nos quedamos en el plano de la anécdota, Abraham es un padre sádico y Sarah, una madre desamorada. Lo anecdótico nos induce a considerar a los protagonistas bíblicos como si fueran personajes de novela romántica, hacemos pie en sus sentimientos y emociones, los analizamos -y juzgamos- según parámetros por completo ajenos a la constitución de ese texto milenario y les atribuimos categorías y etiquetas no pertinentes. Vulgar anacronismo, sin embargo habitual a la hora de leer textos tan antiguos y enigmáticos. Aprendamos, por ejemplo, de Freud: cuando aborda la tragedia de Sófocles, *Edipo rey*, no se preocupa por el “carácter” o los rasgos del niño, si existió o no, y otras menudencias “biográficas”. Solo hace foco en la arquitectura de la historia, es decir, en el triángulo padre-madre-hijo, y deduce de ahí un dispositivo nuclear: la estructura del inconsciente, que tiene en la prohibición de incesto su pivote fundamental. ¿Cómo expresa esto el texto trágico? Mediante una narrativa que tiene su base en mitos y leyendas y que, por tanto, puede leerse como algo común a la humanidad, más allá de toda situación epocal o espacial, de los personajes concretos y de los nombres y rasgos “personales” de cada uno de ellos. **Cada personaje es una función en la estructura.** Sus características de personalidad están al servicio de ilustrar esa función. De este modo, la historia allí relatada -como cualquiera de los episodios bíblicos o trágicos que podamos analizar- se despoja de rasgos psicologistas, moralistas o religiosos para poner en evidencia algo de la condición humana y del malestar en la cultura que le es inherente.

Pero volvamos a nuestros personajes bíblicos: un poco más atrás, el cap. XXI es el momento crucial en que Sarah, por fin, a una avanzada edad y habiendo ya perdido la esperanza de ser madre debido a su avanzada edad y a su condición de estéril⁹, es sin embargo “visitada” (de *lifkod*, en realidad “contar, tomar en cuenta”, ingresar -diría- en la contabilidad de las generaciones) por D’s y queda embarazada. Luego de la risa burlona y descreída con la que había recibido la promesa, viene el temor de ser ella, a su vez, objeto de risa. También, insinúa el texto, habrá algo de risa de alegría, no sin una sombra de inquietud por tan inesperado advenimiento (de la omnipresencia de la risa en esta historia proviene el nombre Itzjak). Tal como ella había temido, su sierva Agar se ríe de su ama, lo que induce a la reciente madre a expulsar a la egipcia y a su hijo (que de hecho, era hijo de Agar y Abraham, por indicación de Sarah, o sea era hijo de Sarah por “vientre subrogado”). “Echa a esta sierva y a su hijo”, le dice la anciana a su marido Abraham, “porque no heredará el hijo de esta sierva junto con mi hijo” (Gen. XXI,10). Cataratas de comentarios moralistas y edificantes se han vertido sobre esta frase: Sarah, discriminadora y cruel; ¡racista! ¡Explotadora! diríamos hoy... Usa a su sierva para darle un vástago a su marido, que de lo contrario moriría sin descendencia, pero una vez que ella, la esposa legítima, ha parido, el hijo anterior resulta descartable... ¡Sarah, una bruja como la madrastra de Cenicienta! Personalmente, no me interesa hacer una lectura de ese tenor, porque creo que lo que está en juego aquí -y sigo las lecciones de Freud, Legendre y demás autores a los que me he referido- es algo de otro orden. (De paso, también los cuentos de hadas pueden ser, y son, objeto de lecturas estructurales).

Ante el pedido-orden de Sarah, Abraham se resiste (¡Ishmael es también su hijo!) pero D’os le dice: “Escucha¹⁰ su voz (la de Sarah)”.

⁹ Otro punto en el que la Torá rompe con el naturalismo pagano: en el mundo hebreo, las mujeres no son fértiles y paridoras por naturaleza. Todas las matriarcas -salvo Leah- son estériles. Lo que habilita la maternidad (“abre su útero”) es D’os, es decir, la Ley. Así, la mujer es sujeto legal y no objeto natural.

¹⁰ El verbo hebreo para escuchar, *lishmoa*, tiene una fuerte connotación de acatamiento. Escuchar, más que una aptitud meramente perceptiva, es dar crédito, ponerse a disposición, acudir a una convocatoria. No hay, en hebreo, un verbo específico para “obedecer”.

Acata lo que ella dice. Como sugiriendo que en relación a la herencia -que no es sino la simbólica, es decir la transmisión del pacto-, hay algo que ella *sabe*... La voz de Sarah, entonces, resuena estentórea e imperativa, articulada con la Ley (D'os), como si ella fuera la vía por la que esa ley -que no es otra que la de la sucesión de generaciones- puede desplegarse ("... porque a través de Isaac -sigue D'os- se engrandecerá tu descendencia"). ¿Texto machista? En absoluto. Ni machista ni feminista: legal y filiatorio.

¿Cómo leer esta historia? ¿Es Sarah una mujer tiránica y celosa, que profiere órdenes arbitrarias por puro egoísmo, por posesividad femenina? ¿O actúa *en nombre de*?

¿Quién es, entonces, Sarah? Ni virgen ni diosa ni santa, pero tampoco todo lo contrario. Diría: es, como todas nosotras, una rara mezcla de shusheta y de mimí. Ha sido bella y deseable, ha envejecido, ha ganado en sabiduría. Con defectos y virtudes, ha callado en momentos en que tal vez debería haber hablado, pero habla cuando algunos suponen que debería callar. Contradictoria, apasionada pero también sensata y previsoras... Como dice Massimo Recalcati, hay madres absorbentes y madres lejanas, madres sobreprotectoras y madres indiferentes... O tal vez, todas somos un poco de todo eso, en distintos momentos y circunstancias. Sarah, como vimos, es la que, cuando escucha -otra vez el tema...- que los ángeles le anuncian a Abraham que tendrá un hijo con ella, se ríe. *Itzajak*. Porque, dice: vamos... ¿a esta edad voy a tener placer? "Placer" es una traducción posible para el hebreo *edná*, que es el femenino de Eden. Símbolo de disfrute, de fecundidad, pero también de humedad. Territorio irrigado y fértil. Y palabra que nombra el período femenino. De modo que Sarah se ríe, no solo por incredulidad, sino porque evoca el erotismo de sus años mozos y reivindica su derecho al placer. No hay

Lishmoa se usa muchas veces con ese sentido, pero es un obedecer que conlleva entendimiento y compromiso, no mera y ciega sumisión. De hecho, la oración central del judaísmo, la proclamación monoteísta por excelencia, es lo que se conoce como *Shemá*: "Escucha, Israel, Adonai es tu D'os, Adonai es Uno".

aquí madre virgen ni procreación fuera de la vía sexuada, propiamente humana. El nombre del niño, Itzjak, nos muestra que -además de ser hijo del Pacto y de la promesa- es un hijo del placer amoroso.

Nombre ligado a un verbo, *letzajek*, que aparece múltiples veces en la Torá. Significa -con variaciones en sus distintos modos de conjugación- reír, jugar, divertirse, pero tiene, predominantemente, connotación erótica. Para bien y para mal. Porque el placer y el sexo no solo no están condenados en el texto bíblico, sino que están bien vistos y alabados (como en este caso de la matriarca). Pero siempre y cuando se enmarquen en la ley.

Si una de las palabras clave de este episodio es *lishmoa*, escuchar, el otro término eje es este: *letzajek*. Y he aquí que Sarah decide expulsar a Agar e Ishmael porque ve que el muchacho (ya un adolescente) *metzajek*¹¹. ¿Se ríe? No: los sabios interpretan que hay allí un goce no debido, tal vez un jugueteo impropio con su hermanito menor, Itzjak.

De modo que Sarah, perspicaz y atenta, advierte que la relación de ese hermano mayor con el pequeño no es la que corresponde, y dice: no heredará ese chico junto con mi hijo Itzjak. Decisión políticamente incorrecta... pero sí, fuertemente política. Porque, de nuevo, la matriarca tiene visión de futuro. Ve hacia adelante, sabe que su esposo fue elegido por D'os para fundar una descendencia acorde a la ley del Pacto, y entiende que la historia que habrá de desarrollarse a partir del linaje de Abraham requiere de ciertas condiciones de rectitud y moralidad¹². Y actúa. Si D'os le confirma al patriarca la orden de su esposa es porque ella parece interpretar la verdadera naturaleza del pacto y de lo que allí se juega. Sarah actúa aquí como la vocera de D'os, la representante de la ley. A diferencia de las otras culturas de la época (y posteriores también) -donde las

¹¹ Forma conjugada del verbo.

¹² La "moral sexual" es central en el texto bíblico y en la construcción del judaísmo: no se trata de una moral puritana, sino del ordenamiento filiatorio. Que el sexo sea fundamental en esta historia y que muchas de las leyes y los preceptos estén dedicados a su regulación habla a las claras de que no es en absoluto mal visto o pecaminoso, sino esencial -en su correcta realización- para la concreción y desarrollo de la descendencia, es decir, en la sucesión de generaciones que constituirán el pueblo de Israel.

mujeres están recluidas en el ámbito doméstico y la ley es asunto público, o sea, de los hombres-, en la Torá -a pesar de que el grupo del que allí se trata es, como todas las de la época, una sociedad patriarcal- son muchas veces las mujeres las que ponen a la ley sobre el tapete y, por vías a veces enigmáticas, la hacen cumplir. (Tamar, Tzipora, Miriam, Débora, son otras protagonistas cruciales en esta trama legal...) Las mujeres, entonces, sujetos de la ley, seres deseantes¹³. En el caso que nos ocupa, se da otra curiosa (y raramente advertida) inversión: si las féminas han sido tradicionalmente identificadas con la tierra fértil (Gea, la madre tierra, Madre Naturaleza y demás figuras de numerosas mitologías), en la Torá la matriarca es calificada como estéril, término que en hebreo se dice *akará*. Pero la *akarut* (sustantivo abstracto de ese adjetivo) es lo que caracteriza al desierto. Nota única y original, vigorosamente antimítica y antinaturalista, para designar a la mujer y ponerla, así, en relación a una Ley que no será la de la naturaleza!¹⁴

El silencio de los inocentes

Sin embargo, y apenas unos versículos después, en el capítulo siguiente, ante la Akedá, esa voz calla. Una nutrida y polifacética literatura se ha desplegado a partir de ese motivo: el silencio de Sarah.

La pregunta es inevitable: ¿sabía Sarah? ¿Estaba enterada del mandato divino a su esposo en relación al sacrificio de su hijo? (Es una pregunta que ha desvelado también a muchos comentaristas de la tragedia: ¿sabía Yocasta que ese joven que llega para desposarla

¹³ Julia Kristeva señala este rasgo como un aspecto preeminente del texto bíblico. Según su lectura, en el *Cantar de los cantares*, ejemplarmente, se hace oír por primera vez en la literatura universal la voz de una mujer deseante, con la posibilidad y la libertad de expresar ese deseo y no quedar sometida al deseo del varón. Cf. Kristeva, Julia, *Historias de amor*, Siglo XXI, México, 5a.ed, 1995.

¹⁴ Este recurso literario de la escritura bíblica obliga a preguntarse por su función en el relato: por qué este D'os ha elegido, como fundadores de una nueva concepción, a una pareja de ancianos estériles? Es un "error" o un descuido de los autores, o más bien debemos interrogar el significado de este factor en la estructura que aquí se funda?

era su hijo?) ¿Podría Sarah haber intervenido para impedir lo que algunos consideran un episodio traumático?

Nuevamente, tratemos de evitar los resbaladizos desfiladeros del psicologismo moralista. En el relato, Sarah aparece como una madre posesiva -lógicamente, pues Isaac es el hijo único, hijo de la vejez...- y Abraham como padre sumiso. Ella parece tener la batuta. Tal escenario nos hace temer por el futuro del joven: ¿quedará pegado a las faldas de su madre? Ahora que su medio hermano mayor ha sido expulsado del hogar, ¿será él trofeo y rehén de una mamá anciana y debilitada?

La anécdota subraya y lleva al extremo la situación edípica, característica de todo vínculo madre-hijo. Ese es el punto nodal de la historia: el peligro de la madre devoradora requiere, para conjurarse, de una operación de separación. La madre debe poder “perder” a su hijo: la filiación no se establece sino a costa de una pérdida. El hijo, a su turno, debe poder soportar la ausencia de la madre. Instaurar la distancia, la falta, la ausencia, es el pasaje crítico imprescindible para que el niño pueda constituirse en sujeto¹⁵.

“La diferenciación del hijo con respecto a la madre implica **la transferencia al padre** de la relación de ese hijo con la omnipotencia... Todo hijo debe nacer *también* del padre... (...) Al desenlace (de este desafío) yo lo llamo **la ligadura genealógica**”¹⁶. (Yo destaco).

“El silencio de Sarah” ha sido reinterpretado e interrogado por poetas israelíes contemporáneos, especialmente mujeres, quienes han visto en ese callar un otorgar al hijo en sacrificio, en el contexto de las guerras de constitución del Estado de Israel. Una corriente se levanta en contra de tal otorgamiento y se rebela ante el mandato divino: no, no estamos dispuestas, las madres, a ofrendar la sangre de nuestros hijos para regar la tierra de la patria. No, no hemos sido

¹⁵ Lo que Freud ilustra con el episodio del *fort-da*: el niño que juega con el carretel y ve que se le escapa, lo pierde vista y lo recupera tirando del hilo. Está-no está, instancia psíquica fundante del sujeto, aprendizaje de la ausencia que permite el ingreso a lo simbólico.

¹⁶ Legendre, *op. cit.*, p. 32

nosotras las que suscribimos el pacto con D's, pacto cuyo costo nos es insoportable¹⁷.

Pacto, sacrificio, corte.

La cuestión de las madres frente a la muerte de sus hijos -en especial, a la muerte entendida como sacrificio- es un antiguo y permanente motivo mítico-literario. Baste pensar en las madres trágicas (además de la ya mencionada Yocasta, veamos a Medea, Ágave y tantas otras..., ¡pero también la virgen María!), muchas de las cuales entregan a sus hijos a la muerte, pero también están las que son despojadas de sus vástagos por los personeros del poder y en nombre de "intereses más altos"¹⁸.

¿Cómo leer este relato bíblico, desde una perspectiva legal y estructural?

Llamo en mi auxilio a Delphine Horvilleur, joven rabina francesa perteneciente a la neo ortodoxia, quien afirma:

“La noción de alianza en la Biblia está en realidad siempre ligada a un movimiento de ruptura. El hebreo dice: *lijrot ha brit*¹⁹. Una alianza se corta... La alianza (pacto, *brit*) es la expresión de una improbable e indeseable fusión entre dos contratantes, que tejen entre ellos un lazo con la conciencia de que no harán jamás un 'uno'...

Lo que está en juego en la circuncisión da cuenta precisamente de un reconocimiento de la alteridad, la materialización inscripta en

¹⁷ cf. Marx, Dalia, "Where was Sarah? Depictions of mothers and motherhood in modern israeli poetry on the Binding of Isaac", en *Jewish Cultural Studies*, vol. five, Mothers in the jewish Cultural Imagination, The Littman Library of Jewish Civilization, 2017. Agradezco a Miguel Maidan haberme proporcionado este valioso material.

¹⁸ Al respecto, imprescindible el trabajo de Nicole Loraux en su breve y fundamental libro *Madres en duelo*, donde analiza el padecimiento de las madres trágicas y su rol político de oposición al tirano: fueron las protestas de las madres las que posibilitaron el derrocamiento de un régimen despótico. El análisis le fue inspirado a Loraux a partir de su visita a Buenos Aires y su conocimiento del caso de las Madres de Plaza de mayo. Véase también la postura de Platón en su *República*, donde aboga por retirar a los hijos del hogar a muy temprana edad para entregarlos a la crianza del Estado y evitar así su "feminización".

¹⁹ Literalmente, "cortar el pacto".

la carne de una imposible fusión con un otro. En el día de su britmilá, lo que se le dice al *infans* es que él es un ser aparte, particularmente, a-parte de su madre. Nunca más será uno con ella, incluso si ella es su origen. Está ya por fuera de ella y de la unidad perdida. Este mensaje es ritualizado en ocasión de la ceremonia, y es suficiente con asistir a un britmilá para observar su coreografía tradicional. El rito comienza bastante antes del corte en sí mismo. Al inicio, la madre tiene al hijo en sus brazos hasta que un tercero, generalmente una hermana o una abuela, viene a buscar al recién nacido para llevarlo al lugar donde se realizará la circuncisión. Se asiste pues a una separación entre la madre y el pequeño, temporaria pero altamente simbólica, ya que esa instancia le notifica a la madre que el niño que se toma de ella devendrá diferente, regresará siendo un otro. En cierto modo, la circuncisión reedita, unos días más tarde del nacimiento, el corte del cordón umbilical, pero esta vez, en presencia de la comunidad y de los hombres, y no en la intimidad femenina de la sala de parto. La salida de la fusión es puesta en escena con una coreografía sagrada que dice a la madre: el niño nacido de ti no es tuyo. Muchas madres lloran en este momento de la ceremonia, no tanto a raíz de la inquietud por el bebé sino por la conciencia implícita de que ese gesto anuncia algo de la autonomía de este niño. Así se tramita el duelo de ese tiempo en que eran un todo-junto. El *infans* entra al mundo de los hombres y en lo masculino, saliendo de su madre, para que este corte sea inscripto en su carne a fin de que pueda ser un otro en relación a ese ser que lo ha fabricado. (Surge aquí) la tradicional pregunta que hacen los niños: ¿cómo las chicas pueden hacer un varón? El niño concibe que una mujer haga nacer a una hija, a la manera de una matrioshka que guarda en su interior a una otra de sí más pequeña, pero ¿cómo entender que de ella nazca un hombre pequeño? ¿Alguien vio alguna vez muñecas rusas de sexo masculino? ¿Cómo un sexo puede fabricar otro sexo? ... En la circuncisión se opera una separación de los sexos, la clarificación del estatuto de este masculino salido de lo femenino. (...) La circuncisión crea una falta, inscripta en el cuerpo, como un recordatorio de que

no se podrá jamás ser ‘uno’ con nadie, y que gracias a esta falta, podremos entrar en una alianza: la del lenguaje”²⁰.

Legendre dice: "no es suficiente con producir carne humana, es necesario instituir la".

Si el varón tiene la posibilidad de diferenciarse de su madre, el padre es el operador de tal corte que implica la salida de la fusión y la entrada en la Ley. Ley que trasciende lo individual y liga a la historia, a la palabra y a la herencia. Corte que instituye y da ingreso a lo simbólico. Inscripción filiatoria, ligadura genealógica, pasaje de *entraña perteneciente al cuerpo materno a hijo de un padre y una madre*. Es decir, hijo de la diferencia. “Nacer también del padre”, recordemos, según Legendre: poner al hijo en relación a la Ley, **en el mismo gesto en que la madre renuncia a la posesión y el padre resigna la omnipotencia**.

Si ponemos la historia de Sarah-Isaac-Abraham en paralelo con esta descripción de Horvilleur veremos las semejanzas: la Akedá, la aparente pasividad de Sarah, el padre que se lleva al hijo para extraerlo del regazo de su madre, la ligadura, la subsiguiente autonomía del niño, ya ahora un joven que camina por su cuenta...²¹

El relato de la Akedá está enmarcado, entonces, entre el cap. XXI (nacimiento de Isaac y expulsión de Agar e Ishmael) y el cap. XXIII, “Jaiei Sarah” (literalmente, "las vidas de Sarah"), donde se narra la muerte de la matriarca. En efecto, esa madre posesiva muere, simbólicamente, en la instancia de la circuncisión. Yocasta ha sido vencida por la Ley. Si, como enseña Freud, es necesario “matar al padre” en lo simbólico, para que el hijo conquiste su autonomía, en igual medida es preciso matar a la madre: separarse de su cuerpo (prohibición de incesto), deshacerse del pegoteo edípico para buscar, en el

²⁰ Horvilleur, Delphine: *Comment les rabbins font les enfants*, Grasset, Paris, 2015, pp. 51 y ss. (Mi traducción). Agradezco a Marcelo Sztrum la noticia de esta autora y este libro fundamentales. Llamativamente, el pensamiento de una rabina que, creo, podría suscribir más de un psicoanalista.

²¹ Entre esta escena -la salida de Isaac del hogar materno- y la escena de la ligadura se juega y se reitera la cuestión del corte, crucial en el judaísmo: toda su constitución como cultura es una sucesión de partidas, salidas, rupturas... Corte que debe renovarse, simbólicamente en diversas instancias rituales, para que el pacto se sostenga.

futuro, una mujer otra, para dirigir el deseo hacia el exterior de esa primera unidad, definitivamente perdida aunque siempre añorada. El silencio de Sarah, la ligadura de Isaac por su padre: dos momentos del mismo proceso de corte, dos instancias que se necesitan mutuamente y se co-implican.

Se arma aquí entonces un triángulo que es la contracara de la figura trágica: Yocasta-Layo-Edipo, donde la madre entrega a su hijo a la muerte, a fin de sostener la omnipotencia del esposo soberano; Layo, quien reniega de toda descendencia para que su poder no se vea mermado y toma, por ende, la decisión de eliminar a ese vástago no deseado; soberano omnipotente que dispone de la vida de su hijo, y Edipo, un hijo “mal ligado” (las cuerdas que atan sus pies para que no pueda escapar a la mano del verdugo), ligadura que lejos de anudarlo a una descendencia y ponerlo en un lugar de sucesión, lo expulsa de ella. No lo anuda, sino que lo anula. En la Torá los roles son bien diferentes: Sarah, madre entrada en años y sobreprotectora; Abraham, lejos de toda omnipotencia, fallido y cortado (ha sido circuncidado en su cuerpo y en su nombre²²), y el joven Isaac, puesto por su padre en el lugar de hijo “del cual saldrá toda su descendencia”, a través de la ligadura-desligadura genealógica. El factor que distingue ambos relatos es la intervención de un Tercero, ese que en el texto bíblico se llama D'os, con la función de separar y distinguir. Y lo que esa ley separa, básicamente, son los lugares generacionales.

En ese contexto y desde esta perspectiva Sarah, representante para la ocasión de tal legalidad, aparece así como quien puede distinguir esas dos caras de *letzajek*, esa doble vertiente que nos habita y que es preciso, vez a vez, separar y encauzar: el erotismo legítimo y fructífero, y el perverso y descarriado. Ella entiende, pues, que el amor es esa dimensión donde el deseo y la ley se imbrican ya que, cuando estas dos cosas se separan, se pone en peligro la continuidad del

²² El nombre original del patriarca es Abram, que D'os transforma en Abraham en ocasión de suscribir con él el pacto para la sucesión de generaciones. Una interpretación posible es entender esa h como el significante de la Ley (es una de las letras del Tetragrama), es decir, el hombre solo podrá ser padre cabal en la medida en que es "cortado", simbólicamente castrado.

Pacto, la descendencia, la historia. Si el deseo anda por su cuenta sin límite y sin regulación, sucede lo que con los Bne-ha Elohim, esos personajes míticos que no respetaban normativa alguna y, por sus abominaciones, desencadenan la ira divina y el diluvio (Gen. cap VI). O como en Sodoma y Gomorra, ciudades pervertidas donde reinaba el desenfreno. Pero por otra parte, si la ley es un mero y frío conjunto de reglas y mandatos, sin conexión con los afectos y los deseos humanos, no podrá orientarnos en la construcción de sociedades sanas y prósperas y terminará generando el rechazo y la transgresión permanente.

El relato nos pinta a una mujer que entiende los mecanismos de la filiación. No hay en ella sometimiento al marido, sino fructífera sociedad. No es preciso, parecen decir estas páginas (como, a su modo, la escena de *Shtisel* que retraté al comienzo), oponer el aspecto doméstico y familiar al legal y social. Si ella está referida al esposo, éste a su vez está profundamente ligado a la voz de su mujer. Ninguno de los dos "puede solo", ninguno de ellos es uno-todo, completo y sin falta. No se plantea entre ellos un *agon*, lucha a muerte de eliminación del adversario, sino ligadura en la diferencia, incompletudes no complementarias pero sí asociables. De ahí que el texto expresa que, luego de crear al hombre, D'os comprueba que "no es bueno que el hombre esté solo", y crea a la mujer como *ezer kenegdó*, una "ayuda enfrentada". Sociedad que puede implicar rivalidad, enojo, asistencia mutua, una gama afectiva y emocional de matices cambiantes y múltiples, en el contexto de un vínculo que jamás borra la brecha que los separa. No habrá fusión (más que la ilusoria y fugaz unidad erótica), sino posibilidad de construir un edificio de transmisión y legalidad llamado familia. La diferencia que los liga y los distingue es el cimiento de la constitución del hijo como sujeto.

Tal vez, en estos tiempos convulsos y cambiantes, sea preciso desmarcarse de los slogans y los imperativos de las redes para recuperar una postura crítica y volver a leer aquellos textos que han tejido la trama de nuestra cultura. Quizás sea una vía para hacerse eco de esta urgente necesidad: dar lugar a la alteridad y la diferencia, demantelar los discursos de la omnipotencia y la completud, entender

que ley y deseo no solo no se oponen sino que se co-implican, y escuchar la voz de las mujeres, cuando son ellas las que dicen lo necesario para la continuidad de la especie y la afirmación de la vida.



Resumen: ¿Qué significa el término "mujer"? ¿Cómo cernir el concepto de "lo femenino"? Si nunca resulta fácil lograr una definición de cuestiones tan complejas, mucho menos lo es hoy en día. En épocas del #MeToo y de legítimas reivindicaciones femeninas, es hora, ciertamente, de desterrar arcaicos y anquilosados prejuicios, esas ideas naturalizadas por siglos de cultura patriarcal que condenaban a la mujer a roles secundarios o humillantes. Pero a su vez, es preciso sortear otros prejuicios, inversos, tan nocivos como los primeros. A veces, lo que parece más avanzado y progresista cae en zonas de extrema confusión, donde se solapan categorías heterogéneas o se ponen a circular slogans y banderas fuertemente autoritarios y regresivos.

Women that dance with the Law

Abstract: What is the meaning of the word “woman”? How do we filter the concept of “feminine”? It has never been easy to define certain terms that are so complex, and at our present times it is even more complicated. In this era of *MeToo and legitimate female recognition it is definitely time to eradicate archaic and obsolete prejudices, concepts that have gained acceptance through centuries of patriarchal culture that have condemned women to secondary and/or humiliating roles. But it is also necessary to avoid the inverse prejudices, that can be as harmful as the former. At times, ideas that may seem very advanced and progressive are the subject of extreme confusion, heterogeneous categories overlap, including the proposal of slogans that may prove to be highly authoritarian and regressive.

A mulher que não olha para a lei ...

Resumo: ¿O que o termo "mulher" significa? ¿Cómo filtrar o conceito de "feminino"? Se nunca é fácil conseguir uma definição de questões tão complexas, muito menos é hoje. Em tempos de #MeToo e legítimas demandas femininas, é tempo, certamente, banir preconceitos arcaicos e teimosos, aquelas idéias naturalizadas por séculos de cultura patriarcal que condenavam as mulheres a papéis secundários ou humilhantes. Mas, por sua vez, é necessário evitar outros preconceitos, inversos, tão prejudiciais quanto os primeiros. Às vezes, o que parece mais avançado e progressivo cai em áreas de extrema confusão, onde se sobrepõem categorias ou slogans heterogêneos e circulam bandeiras fortemente autoritárias e regressivas.

Diana Sperling. Filósofa, Escritora, Ensayista, Docente. Doctora en Filosofía por la UNC. Es autora de numerosos artículos y libros. Entre los publicados de los últimos años se cuentan: *La diferencia, sobre filiación y avatares de la ley en Occidente*; *Filosofía para armar*; *Filosofía de cámara*; *Del deseo: tratado erótico-político*; *Genealogía del odio: sobre el judaísmo en Occidente*.

